



El árbol de Guernica.

de los vascos y de su carácter

LUIS MICHELENA

CUANDO a uno se le pide que hable de un grupo humano del orden que sea, como a mí se me ha pedido que hable de los vascos, no se acaba de saber si es mejor ser de dentro o de fuera. El extraño goza de una mejor perspectiva, gracias a la distancia, pero le suele faltar, salvo por excepción, el conocimiento directo de muchas intimidades. El de casa tiene a su favor la familiaridad, pero le perjudica, aun sin contar la parcialidad, la proximidad, que no le deja ver sus propias narices (por no hablar del cogote) más que en el espejo, que también suele ser deformador, de las opiniones ajenas.

En mi caso, a estos inconvenientes generales se añade uno de naturaleza más personal. Un incrédulo empedernido no es la persona más apropiada para disertar con agudeza y profundidad de las virtudes del agua bendita, y yo no creo gran cosa en eso que podemos llamar el carácter colectivo, y elijo deliberadamente el adjetivo más neutro. Pienso, mejor dicho, que algo de que todos, incluidos los escépticos, estamos continuamente hablando tiene que tener algún fundamento, lo cual no quiere decir que éste haya de ser el que comúnmente se da por supuesto.

Me refiero a esa inmensa colección de lugares comunes —imágenes o representaciones en lenguaje más solemne—, debidas a propios y extraños, sobre toda clase de grupos, cuya abundancia y riqueza es tanto mayor cuanto más importantes son estos últimos. Es sabido que las imágenes son muy distintas, según su procedencia: la zona de coincidencia —la intersección, si se quiere— suele estar en la parte elogiosa, parcamente reconocida por los extraños y generosamente aceptada por los propios. También puede haber acuerdo, aunque más reducido, en los defectos, cuando la comunidad misma los considera pecadillos de poca monta y hasta un tanto distinguidos. Así, un cosaco poco amigo de las ligas de templanza no hará demasiados aspavientos si oye decir que alguien «bebe como un cosaco».

Ese montón de opiniones varias puede ser muy interesante, muy divertido —en la medida, casi

siempre, en que es muy molesto para otros— y hasta muy revelador, si es debidamente tratado, pero no parece ser la mejor materia prima para graves disquisiciones sobre el carácter de una comunidad para sacar después de ellas, según es costumbre, importantes conclusiones de psicología colectiva comparada. Para comprobar lo que da de sí una profunda reflexión sobre un centón de tópicos manidos, basta con leer, si se encuentran fuerzas para ello, *Franceses, ingleses y españoles*, de don Salvador de Madariaga. Ya sé, porque me lo enseñaron en la infancia, que señalar con el dedo es una fea costumbre, pero don Salvador, que tantas veces ha levantado un dedo acusador —«la grandeza del Libertador procedía de la noble y abundante sangre gallega que le tocó en herencia; sus debilidades, pocas pero manifiestas, de las escasas gotas de sangre vasca que tuvo la desgracia de recibir», etcétera, etcétera—, tendrá que aceptar, con su bien probada ecuanimidad, que «señalar con el dedo» no es una relación necesariamente asimétrica.

Si la noción corriente de carácter colectivo no pareciera deleznable de por sí, se podría señalar alguna de las contradicciones que implica. Parece ser que, de Porfirio para abajo, una clasificación, aunque sea de «almas» colectivas, debe cumplir ciertos requisitos: la nota específica, según los manuales de Bachillerato (hasta la reforma, por lo menos), debe añadirse a las genéricas y no desplazarlas o sustituirlas. Ahora bien, la meditación sobre el carácter colectivo no se mantiene siempre en el alto nivel nacional o supranacional, reservado a los pensadores y ensayistas de profesión. Y, al bajar de las cimas donde sólo el ave teórica puede respirar, tratándose de caracteres regionales, comarcales o locales, el tono se hace más familiar, más desenfadado y, por decirlo de alguna manera, más folklórico. Si uno es lo bastante irreverente para comparar entre sí los resultados de unas y otras especulaciones, no puede menos de sentirse sorprendido por los contrastes que observa. La sobria gravedad, el «sosiego» proverbial de los españoles, por ejemplo, su magni-

ficencia extremosa —recordemos al de Osuna en San Petersburgo—, su cortesía, su ágil inteligencia ávida de sutiles «conceptos», su caballerosidad a toda prueba, empiezan a trasmutarse en la ligereza de unos, en la tacañería o rudeza de otros, en la ingenua simplicidad de éstos y en las precauciones que hay que tomar antes de entrar en tratos con aquéllos. No sostengo que estas meditaciones, las de arriba y las de abajo, carezcan de toda base: lo que creo es que su base es una y la misma. Creo, en otras palabras, que unas son tan filosóficas —en el buen sentido de la palabra, si es que la palabra en España conserva algún buen sentido— como las otras, y las otras, tan folklóricas como las unas. Todo se reduce, en el fondo, a que unos poseen mejor sintaxis y más baterías de artillería erudita que los otros.

Se diría, pues, que todo esto no es más que una manera agradable de pasar el tiempo, aunque siempre con cierto daño de tercero; una manera, eso sí, culta y distinguida, como jugar al golf o, en un tiempo, llevar bajo el brazo *Revista de Occidente* o los libros publicados por esa editorial. A mayor abundamiento, siempre se puede demostrar que esos caracteres colectivos, supuestamente indelebles, son tan mudables y sujetos a depreciación como las monedas. La caracterización corriente por 1898 en cierta prensa española del ciudadano medio de los Estados Unidos de América, pongo por caso, tiene tan poca semejanza con la que hoy nos presentan los órganos de la misma cuerda que cualquier parecido, evidentemente, no puede deberse más que a pura casualidad.

He dicho «ciudadano medio», pero me he apresurado demasiado. En efecto, todavía no he conseguido saber si tales «imágenes» se atienen a las medias o si más bien no propenden, como una caricatura, a acentuar ciertos rasgos presentes, salientes y llamativos, pero claramente minoritarios, en la población considerada. No se trataría, dicho de otra manera, de algo por el estilo de los conceptos que, conforme a ciertas tendencias, se obtenían por mera superposición de imágenes hasta llegar a aquel borroso retrato que era de todos y de nadie. Pero una caricatura, como un retrato, de acuerdo con el tradicional criterio del «parecido», es logrado o no lo es: se reconoce o no se reconoce al retratado o al caricaturizado, y tiene que haber un término real de comparación en el supuesto original. Claro que aquí, como en materia de discernimiento de espíritus, la capacidad individual es muy variable. He tenido un amigo que se preciaba de distinguir a primera vista un guipuzcoano de Zumaya de uno de Cestona; otro, en las mismas condiciones, adivina la filiación política del observado (por lo menos la que debiera tener, si es que cálculo y realidad no coinciden). Personalmente, por desgracia, no estoy tan bien dotado.

Vamos, por lo tanto, a admitir, aunque no sea más que porque nos pasamos la vida hablando de ello, que hay algo en el mundo de los fenómenos, como decía don Pío, por vago e inasible que sea, que corresponde al espíritu de los pueblos. Esto, sin embargo, no es innato, sino adquirido: ni se hereda con la sangre ni se mama con la leche materna. Un grupo, sea del orden que sea, se en-

cuentra en cualquier momento de su existencia —por herencia cultural, no biológica, y como consecuencia de condicionamientos muy diversos— en posesión de una red de creencias, saberes, estilos y modas, escalas de valor y pautas de comportamiento. El consenso mayoritario, no sin ayuda de la inercia y de la pereza mental, los acepta, sobre todo en períodos de estabilidad, pero siempre, a pesar de esa aceptación global, los va modificando, lenta o bruscamente, a medida que varían las condiciones de equilibrio interior y exterior. En épocas de crisis, el descontento aflora en críticas abiertas que, de no ser sofocadas por el conformismo, obligan a cambiar las plantillas. El carácter de los pueblos lo hace y lo deshace la Historia —pero la Historia que hacemos o padecemos, no la que escribimos—, como la Historia ha hecho y ha deshecho el espíritu del Barroco o el del Romanticismo.

Hay vascos barojianos y vascos unamunianos, además de muchas otras castas. En cualquier colectividad, entre los españoles por ejemplo, siempre ha habido y siempre habrá gentes altaneras y humildes, violentas y mansas, codiciosas y desinteresadas, taimadas y cándidas, procaces y reprimidas, y así hasta el infinito. Lo que importa, porque es lo único que imprime cierto sello, es que no se es altivo o modesto, etcétera, de la misma manera siempre y en todas partes. El cero, por decirlo de alguna manera, que separa cualidades opuestas está fijado a diferente altura, según los tiempos y los lugares. Es como los Pirineos de Pascal, unos Pirineos en el espacio y en el tiempo, que contraponen lo colectivamente admitido a lo colectivamente reprochable. Lo que aquí y ahora es sano amor a la Naturaleza puede ser allí y entonces —aunque tal vez conviniera invertir lugares y tiempos— pornografía inmunda.

Hasta el sempiterno rebelde, el que aquí y allá, entonces y ahora se niega a doblegarse bajo el peso del consenso comunitario, no se rebela contra las mismas cosas ni de la misma manera. Por más que le pese, también el rebelde, como el hueco del molde, tiene que dar testimonio del relieve de la sociedad. Puede servirle de consuelo el pensar que el concepto de tradición, y el de tradicionalismo por lo tanto, es uno de los menos unívocos que hallarse puedan. Cualquier pueblo, y también esto debería ser un lugar común, tiene diversas tradiciones. El que en España —hay alguno— invoca a Juan de Valdés, al Brocense o a Olavide sigue una tradición, no menos que el admirador del otro Valdés, y no estoy hablando del hermano de Juan, de Melchor Cano o del marqués de Valdegamas. En el mismo caso vasco, del cual ya es hora de hablar, hay bastante donde elegir entre Juan de Alzate y el buen pastor Joanes de Domingo Aguirre.

Me gustaría dejar claramente sentado que cuando diga algo del buen o mal carácter de los vascos (o de otros), no voy a referirme a una esencia intemporal que, pese al correr del tiempo, permanece idéntica a sí misma. Siempre se hablará de algo que es hoy de cierta forma, antes lo fue de otra, y antes aún había sido muy distinta. Esto es, por lo menos, una proposición que podría ser demostrada. Ahí va una muestra.

Ya se ha mencionado lo que hay de vario y

de los vascos y de su carácter

mudable en la estimación colectiva de vicios y virtudes. El vasco que uno ha conocido ha sido por lo general muy recatado (Félix Urabayen decía que hipócritamente reservado) en cuanto se refiere a carne no comestible, pero un tanto exhibicionista, en cambio, en materia de comida y hasta de bebida: a esto apunta el florecimiento de bares y sociedades gastronómicas en nuestro país. Esto parece significar que, aun aceptando al pie de la letra la tabla de los pecados capitales, un vicio era más virtuoso, o menos vicioso si se prefiere, que el otro, a los ojos de la comunidad.

Pero Dechepare, el autor del primer libro vasco impreso (1545), habla de sus devaneos, si vale la expresión, con una alegre naturalidad que nada tiene que envidiar a la de Juan Ruiz. Tanto da que escribiera los versos antes o después de una presunta «conversión»: lo que importa es que cuando los publicó, no sin orgullo, era párroco de Saint-Michel-le-Vieux. De ello no se siguió ningún escándalo, que se sepa, ni le sobrevino el menor contratiempo: éstos los sufrió, como incontables otros, a causa de su imprudente celo por la cosa pública. Los placeres de la mesa, por el contrario, no se mencionan en sus poemas. No sé que nadie se creyera obligado a advertir de los peligros de la gula hasta los sermones del padre Isla, que reprochaba a los donostiarras, como pecado más bien local, su desmedida afición al chocolate, «amargo fruto de los navíos de la Ilustración», que decía Basterra, aquel atlántico renegado que llamó «orbe comedor de borona» al que cuenta entre sus hijos a Leibniz, a Kant y a Gauss. Una muerte prematura le impidió conocer, por desgracia, la carrera fulgurante de Adolfo Hitler, cuyos admiradores en las orillas de la Ría son difíciles de distinguir en la práctica, precisamente por el principio de Leibniz, de los admiradores de Basterra.

Y, siguiendo con los vascos, ya que hemos empezado con ellos, sería divertido y hasta instructivo recoger las opiniones que sobre ellos han emitido, a lo largo de siglos y de milenios, autores ilustres u oscuros, entre detractores, amigos e indiferentes. Pero esto exigiría un libro entero, además de una erudición que a mí me falta. En todo caso, ese repaso crítico valdría para probar que los juicios ajenos no han sido menos variables que los propios. También ha sido variada la motivación. Aimery Picaud, cuyo texto —la perla de la colección— sigue publicándose sin traducción, al echar airadamente en cara a nuestros antepasados su falta de interés en la promoción del turismo compostelano, pudo dejarse en el tintero vejaciones muy directas y personales. La simpatía que manifiestan el padre Coloma o Mañé y Flaquer, la del mismo Tirso de Molina, posiblemente, se basa en razones políticas, análogas, aunque de sentido contrario, a las que llevaron a Blasco Ibáñez a dejar en *El intruso* una pintura de Bilbao y de la zona minera tan reveladora del retratista como del retratado. En esa pintura, rara vez comentada, hay además una buena medida de incompreensión (para todo x , por ejemplo, si x es una mujer vasca, x es incapaz de elevarse al sublime sentimiento del amor, etcétera) que tiene buen paralelo en los desabridos comentarios que alguna vez ha dejado caer Valle Inclán sobre los paisanos de don Vicente.

Todo esto parece chismorreos, aunque alguna vez sea chismorreos de vecinas ilustres. Una clasificación más provechosa (aunque su principio recuerde peligrosamente aquello de *oderint, dum metuat*) podría ser la que reuniera, de una parte, los testimonios que presentan un rostro amable y risueño y, de la otra, los que reflejan una faz torva y amenazadora: la que se manifiesta, dentro de los límites de tiempo que impone la discreción, en la época de Suintila y de Recesvinto, en Islandia a principios del siglo XVII, en la Venezuela del XVIII o durante las campañas de Zumalacárregui. La primera lista podría ir encabezada por Silio Itálico que, en busca de pintorescos relleos decorativos, habla del vascón (no podía mencionar a los Vascones, que daban un crético imposible) como de gente guerrera, sí, pero airosa y saltarina, que desprecia el casco para mayor facilidad, no se sabe si suya o ajena. Paulino de Nola, el primero de la segunda, ya nos da una imagen diferente, aunque la distancia que le separa de Silio, medida en páginas de manual, no sea muy grande.

En efecto, durante ese intervalo, ciertas gentes próximas al Pirineo, que sin duda ya venían pensando desde antiguo que la elocuente concisión del latín y la elegancia de la indumentaria romana no eran compensación suficiente de la servidumbre económica y política, se dieron cuenta de que no sólo querían, sino que, además, podían, gracias a la debilidad del Imperio, vivir a su propio modo y manera. El empeño, sin duda con muchos altibajos, tuvo un relativo éxito. Lo bastante, al menos, para que los visigodos, y también los francos, se encontraran con un obstáculo continuamente debelado y continuamente opuesto. Luego, como han señalado Vigil y Barbero, los musulmanes iban a heredar de los visigodos una frontera, no por fluida menos real, y sus problemas. Es sabido que ahí había de nacer, junto a entidades menores y más oscuras, el reino de Navarra.

No voy a tratar de definir ni de delimitar a los vascos, que han recibido también bastantes otros nombres. Salta a la vista que existe hoy una realidad, que parece frágil y deleznable unas veces, demasiado dura otras, que corresponde a ese nombre. También es evidente que esa realidad, sea la que fuere, tiene sus raíces en el pasado.

Como no soy un ensayista omnisciente, versión moderna del arbitrista, me contentaré con dar una opinión personal, nada original por lo demás. A mi entender, si en territorio que ha sido siempre zona de paso, de contacto y de activo comercio hay hoy gentes que se consideran pertenecientes a ese grupo, si los demás hablan de él como de algo existente, esto es debido, antes que nada, al hecho de que se haya conservado hasta nuestros días, en el corazón de ese país, una lengua, pequeña por el número de sus hablantes, pero distinta y hasta muy distinta. El ser tan diferente de las vecinas tuvo sus inconvenientes (no podía ser lengua de relación con otros, su cultivo escrito ha sido penoso, etcétera), pero es también la mayor ventaja que una señal puede tener como señal. La monarquía de Toledo no pudo dominar su solar, y no hay que olvidar que, como señaló hace años Caro Baroja con una paradoja sólo aparente, los visigodos fueron en nuestra Península los agentes

decisivos de la romanización. Aunque esto puede ser un espejismo histórico, los vascos de hoy se nos presentan como los continuadores del reino de Pamplona, nueva creación que se basó en un fondo mucho más antiguo. El de Cangas y Oviedo prefirió inscribirse, en cambio, por las razones que sean, en otra continuidad cuyo centro había estado mucho más al Sur.

No voy a insistir en la notoria falta de unidad política del grupo de que venimos hablando. Es curioso, sin embargo, que la división más antiguamente marcada dentro del país no sea la que determina una frontera hoy tan visible en el mapa y tan tangible en la aduana, esa frontera a la que Felipe II trató de ajustar con tanto esfuerzo y no sin éxito la división eclesiástica. Ni esa frontera, que dividió Navarra en dos partes desiguales (el País Vasco Francés, incluida la ciudad natal de Huarte de San Juan, es geográficamente navarro en su mayor parte), ni las guerras casi privadas entre guipuzcoanos y labortanos en el siglo XVI, a las que no fueron extrañas rivalidades comerciales, generales desde el asedio de Fuenterrabía, impedían que el navarro Moret escribiera en 1667 al suletino Oihenart: «Todavía no me había enterado de que los vascos fueran considerados extraños en la ciudad de Pamplona». Sobran testimonios más recientes.

No, la división más antigua, y probablemente la de efectos más duraderos, destinada a resucitar inesperadamente muchos siglos después, es la que separó de Navarra a vizcaínos, alaveses y guipuzcoanos, a éstos más que a ninguno, por razón de vecindad. Una conquista pura y simple no explica la profunda y duradera adhesión de los últimos a los Reyes de Castilla, ni su suspicacia y hostilidad hacia los navarros, manifiesta en tantos hechos y palabras. Si hubo motivos de desconfianza y rivalidad, acaso tribales, que venían de antiguo, ya son inaccesibles para nosotros. Pero las enemistades cuya razón se ha olvidado no son por ello menos enconadas.

Además de la lengua, que evidentemente no se ha conservado a sí misma, no se puede olvidar la circunstancia de que en ese país hayan estado en vigor, hasta fechas recientes, instituciones propias que todavía subsisten residualmente. Es sabido que esas instituciones eran privativas de cada una de las regiones y muy diversas entre sí: están unidas, sin embargo, por sus raíces probablemente comunes y por los azares padecidos, en buena parte en común, en el curso de la Historia.

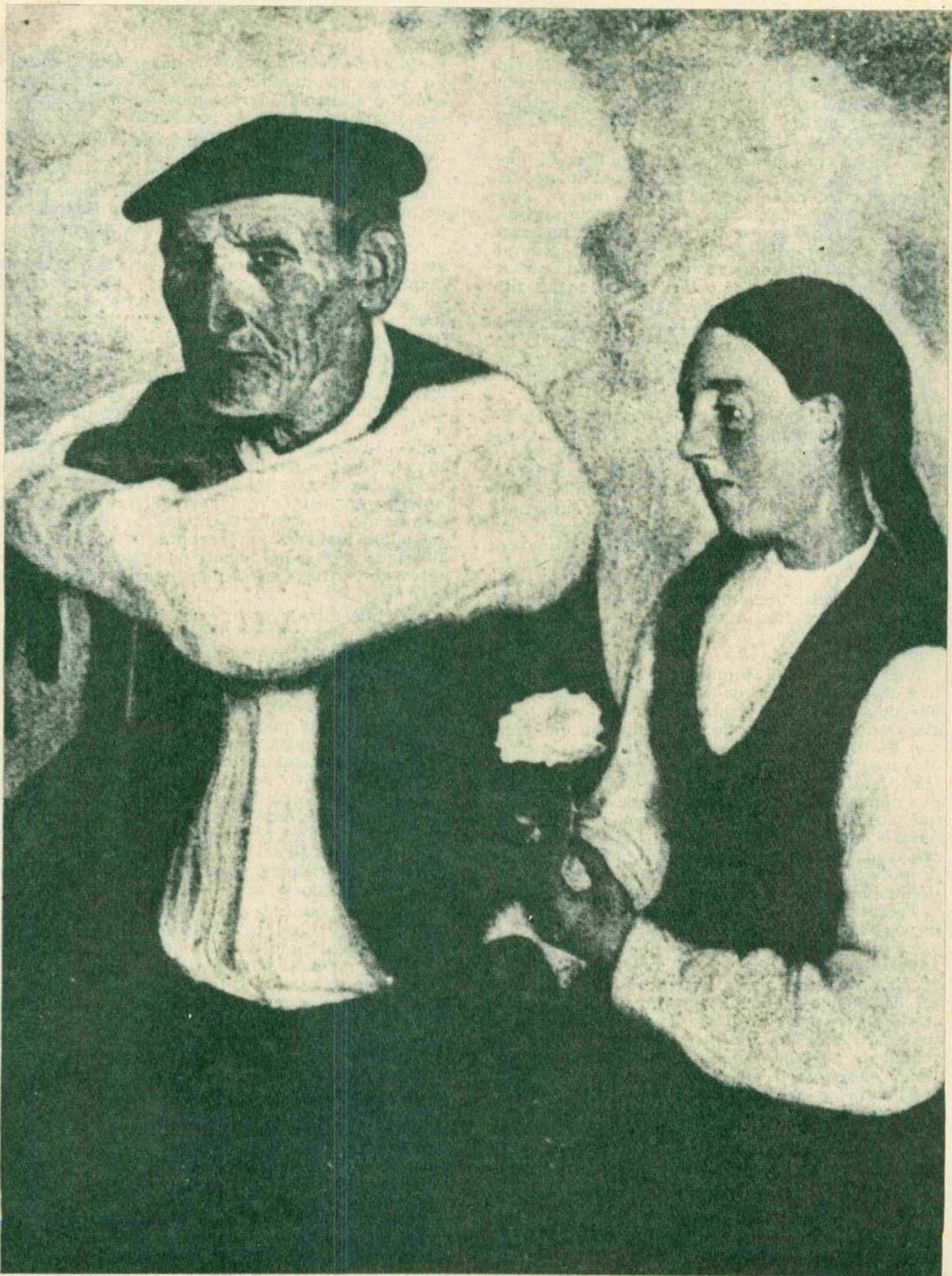
Sobre estos fueros, por respetar la denominación tradicional, se han dicho cosas no siempre justas: quienes buscaban ante todo defenderlos o combatirlos no se han cuidado lo bastante de tratar de comprenderlos. El punto de vista, en este caso oficial u oficioso, de los defensores, entre el siglo XVI y principios del XIX, está muy bien recogido en los libros de Francisco Elías de Tejada sobre el señorío de Vizcaya y la provincia de Guipúzcoa. Los otros, a partir de Llorente por lo menos, no aceptaron los argumentos de los apologistas, y contraargumentaron con otros de varia índole. Vale la pena recoger alguno, puesto que por lo general están más divulgados.

Se ha dicho, en primer lugar, que se trata de simples fueros o privilegios locales, de los que se

encuentran en Béjar como en Miranda de Ebro, no de derechos que no datan. Aun dado esto por bueno, que no es poco dar, queda un detalle inexplicado: cómo es que unos llegaron a crecer y madurar, resistiendo a muy fuertes vientos contrarios, y sean todavía hoy un recuerdo eficaz, cuando de los otros sólo nos quedan, en el mejor de los casos, ediciones críticas del mayor valor para quienes se interesan por particularidades jurídicas y lingüísticas de la Edad Media. Su eficacia la padeció en su propia carne don Fermín de Lasala, que medió, sin duda con la mejor intención y hasta con gran sentido político, a fin de reducir el «castigo» por la participación en la guerra que acabó en el puente de Valcarlos en 1876: es de señalar que las gentes de que hablamos perdieron en 1833 la intuición que hasta entonces les había guiado para apoyar con pleno acierto al bando que había de resultar vencedor en las contiendas civiles españolas. También Carmelo de Echeagaray —albacea de don Marcelino y, por ello mismo, persona poco sospechosa— sentía, como me contaba su hermano, don Bonifacio, reparos invencibles para entrevistarse con Cánovas que, además de ser el autor de *"El Solitario"* y *su tiempo*, título que le revolvía la bilis a Baroja, era el primer responsable del «castigo».

Hay otra acusación contra los Fueros, muy distinta y también mucho más insidiosa, puesta en circulación, por cuanto sé, por don Gregorio de Balparda: la cito porque parece destinada a reflorar en plumas que escriben, en apariencia, con tinta de muy distinto color. Forzado a explicar los resultados de la guerra contra la Convención francesa, que recuerdan Cavite y Santiago de Cuba, los explica, digámoslo así, por la «organización social eminentemente jerárquica y oligárquica como la que dominaba en Vizcaya en 1794», afirmación sorprendente en un autor que, para ojos actuales, no parece antijerárquico y mucho menos antioligárquico. Pero, proceda de quien proceda, no puede uno excusar la respuesta basándose en el texto evangélico de que sólo quien esté libre de pecado puede arrojar la primera piedra.

Yo, por lo menos, con toda mi ignorancia en materia de instituciones, me cuidaría mucho de negar el fundamento de la acusación. Es más, acepto, en contra de lo que han sostenido los nostálgicos del paraíso foral, que esa organización social fuera un tanto jerárquica y un tanto oligárquica: en todo caso, el respeto a la propiedad privada, a la que las Juntas no hacían más que poner trabas y cortapisas, era muy inferior al que podía exigir un jacobino, aunque fuese un jacobino a la española como Balparda. El problema, como en ese misterioso «tanto de culpa» que Tribunales y Juzgados se pasan de mano en mano, está en saber hasta dónde llegaba el «tanto» de jerarquismo y el «tanto» de oligarquía. Más crudamente, se trata de saber, puesto que no hay medidas absolutas, si era superior o inferior al normal y corriente, por las mismas épocas, en Avila o en Salamanca. Yo lo creo (y estoy dispuesto a discutir esta afirmación) incomparablemente inferior. Si en el año de gracia de 1971 hay todavía entre nosotros una tradición de representación local (y me atengo a Livermore, para quien



«Viejas leyes y nueva flor», por Valentín de Zubiaurre.

nuestra supervivencia en época romana se debió a una organización social diferente a la que no se quiso renunciar), esto viene de siglos de autogobierno, bastante representativo, desconocido en no pocas zonas españolas.

No faltan citas que abonen esta opinión. El mismo Balparda, en un momento de descuido, nos ha transcrito las palabras de Tallien, que en este punto no eran interesadas: «La provincia de Guipúzcoa... y de Vizcaya... son dignas de un gran interés... En medio de la servidumbre general han conservado grandes restos de libertad: tienen leyes constitucionales, muchas de las cuales tienen con las nuestras una analogía sorprendente... El carácter de sus habitantes es enérgico como sus leyes». Pero, como años después había de escribir Victor Hugo, a propósito de los mismos, «la libertad es enemiga de las libertades». Y añadía por lo bajo: *C'est la vie, mon vieux*.

Dejemos al convencional. Guillermo de Humboldt cruza rápidamente el país en 1799, pero vuelve en 1801 para conocer directamente las cosas. No voy a hablar de sus opiniones en materia de lingüística general, sí sin fondo, porque no me cuento entre sus intérpretes oficiales u oficiosos. Los partidos en discordia están por lo menos de acuerdo en un punto: que Humboldt es una estrella de primera magnitud en la historia de la lingüística. Lo cual, me apresuro a añadir, no debe hacernos olvidar que Humboldt, además de eso y de otras cosas, fue un hombre de estado nada crédulo por lo que a cuestiones económicas y políticas se refiere.

Pues bien, lo que Humboldt dejó escrito —junto a censuras abiertas de aspectos de la vida vasca que no encontraron, seguramente con razón, gracia ante sus ojos— es de tal naturaleza que sólo con sonrojo y haciéndose violencia puede copiar un vasco, aun en el más conciso resumen. Al contrario que Balparda, como conservador ilustrado o progresista no revolucionario que era, pensaba que las instituciones de «Vizcaya», término que para él no se reduce al señorío de aquel entonces, constituyen «una Constitución tan alejada del despotismo como de la anarquía». «Me parece indudable —escribía en 1801— que, sea cual fuere la suerte que hayan corrido los privilegios de las Provincias Vascaas, todos los felices efectos que produce el sentimiento de una libertad bien ordenada y de una igualdad perfecta de derechos, se encuentran evidentemente expresos en el carácter del pueblo (aquí me permito un eufemismo) vizcaíno. Vizcaya es el único país que yo haya visto jamás donde la cultura intelectual y moral es realmente popular, donde las primeras y las últimas clases de la sociedad no están separadas por una distancia, por decirlo así, inmensa, donde la instrucción y las luces de las primeras han penetrado, al menos en cierta medida, hasta las últimas, y donde la hombría de bien, la franqueza, el inocente candor de éstas no se ha vuelto extraña a aquéllas. Ese es el principal atractivo que ese país ha tenido para mí. Ahí se ve realmente un pueblo (vuelvo al eufemismo): la fuerza, el movimiento, la misma forma general del carácter viene de la masa, y sólo está cultivado y refinado por los individuos que su situación personal ha puesto en disposición de hacer progresos más

rápidos. En casi todos los demás países, el pueblo no es más que una masa inerte». El dilema parece claro: o el alemán perdió muy reiteradamente la sagacidad que todos le reconocen o algo de lo que pudo observar daba pie a una simpatía, por lo demás enteramente gratuita.

No es este el caso de Wordsworth, cuyos versos al árbol de Guernica («¡Roble de Guernica! Árbol de más santo poder que aquel que en Dodona...») se han citado más de una vez, sin entrar en su contexto. La verdad, un poco triste, es que este soneto —forma por la que Wordsworth sentía una debilidad muy de nuestros días— va engarzado en un rosario propagandístico escrito en un momento de flaqueza, cuando el buen britano, ante la amenaza inminente de Napoleón (Hitler, en traducción más moderna), se da cuenta de que su libertad o libertades tiene algo que ver con la de los demás. Su interés está en que, entre los aliados potenciales o reales, sólo se acuerda de los que le parecen fuertes: guerrillas españolas, suecos, suizos, tiroleeses, alemanes... También tendría cierto valor de recordatorio, si la gente de mi generación lo necesitara, otro soneto, escrito como el anterior en 1810: «Vamos, vizcaínos: hay que hacer frente a nuestro enemigo..., pero hay también que afanarse por recobrar nuestra antigua libertad». ¿Hay que añadir que este generoso interés por la libertad común murió o desapareció en Waterloo?

Más que ningún otro, es el siglo XVIII el que ha dado a Vasconia una cierta fisonomía: de ella habla Humboldt y también, desde su lejano observatorio insular protegido por una marina triunfante, Wordsworth. Entonces se afirma, aunque ya venía siendo preparada desde el siglo anterior, una religiosidad poco dada al misticismo y a las sutilezas teológicas, inseparable de las prácticas rituales, pero también de las normas éticas. En el continuo forcejeo por defender la autonomía en peligro se van precisando las bases ideológicas de su defensa, que luego tendrán que ir ajustándose a las necesidades de nuevos tiempos. Ya señaló Caro Baroja el papel que le cupo en esto al padre Larramendi, figura de grandeza indiscutible, aunque mal reconocida.

Acaso no peque de suspicacia quien piense que ha habido (¿o hay?) cierta propensión a considerar Vasconia como un país atrasado, hasta reaccionario, poblado por gentes de mente simplícísima (me remito a la autoridad inapelable de don Salvador) a pesar de un adelanto técnico que, sea dicho de pasada, viene de bastantes siglos atrás. Me resisto a creerlo, aunque sólo sea porque he visto a más de un vasco valerse de su ingenua sencillez para conseguir tratos tan ventajosos para él como costosos para los demás. Los financieros navarros tuvieron notable intervención en la economía de la España ilustrada. La Compañía Guipuzcoana de Caracas es, por lo que se me alcanza, la primera manifestación de colonialismo moderno, racionalmente implacable, en la América española. La Sociedad Bascongada de Amigos del País no nació, por ejemplo, en Cataluña: si se busca lo bastante, se dará sin duda con la razón suficiente de que apareciera precisamente entre nosotros. También se produjo ahí la Machinada, que es, como dice Ildefonso Gurrucha-

de los vascos y de su carácter

ga, la otra cara de la Bascongada. Y ésta no fue, como a menudo se sugiere por omisión, una sociedad económica más, sino el modelo, apenas igualado, de todas las económicas españolas. Si no consiguió más fue en buena parte porque a la Ilustración española, cuya pusilanimidad crónica debería ser proverbial, le bastó la primera señal de alarma (la que Moratín oyó, con oídos cerrados por el pánico, en París) para aliarse con sus supuestos enemigos, en quienes descubría de pronto una real —demasiado real— comunidad de intereses, ideas y propósitos.

Finalmente, ya que hay lindes que no es prudente cruzar, entre lo que Tuñón de Lara ha llamado con tanto acierto «la otra burguesía» no faltan importantes nombres vascos. Sólo repetiré, por ser acaso el menos conocido fuera del país y porque contribuyó en una medida que no se le reconoce a la evolución de su clima espiritual, el de Rafael Picabea.

Más de una vez se nos ha echado en cara, airada o compasivamente, nuestro bajo nivel cultural, unido, sin embargo, a un nivel (relativamente) muy alto de instrucción general. Esta situación de apariencia paradójica se deberá, entre otras causas, a la falta de una Universidad: hemos tenido algo de ese nombre, pero de nombre sólo no se puede vivir. Sería ocioso discutir la parte de responsabilidad que en ello cabe a propios, nada libres de culpa, y a extraños. Con todo, uno no puede negarse a ver la influencia que en ello ha tenido, al menos en los cien últimos años, la ciega obstinación con que se han mantenido ciertos monopolios históricos, a pesar de la evolución económica y demográfica. Parece curioso, pero los supuestos discriminadores hemos estado claramente discriminados en materia de enseñanza superior.

Pero en la estrecha cárcel del País Vasco, se ha dicho más de una vez, no hay espacio para cier-

tas mentes geniales: así, se marchó, por ejemplo, Unamuno. Pero Unamuno, como el modesto firmante de estas líneas, se marchó primero y ante todo por un móvil tan urgente como poco sublime: porque tenía que mantenerse a sí mismo y a su familia, y quería vivir de un trabajo que le gustaba y para el que estaba preparado, no del que podía encontrar en su país. Luego eligió y tomó por suya a Salamanca, aunque sin olvidarse de su hoy ex invicta villa natal, pero esto vino después. Si se me permite una comparación, no creo que las aspiraciones del Banco de Bilbao (me atengo al orden alfabético y también al de antigüedad) fueran o sean menos reducidas que las del más ambicioso de los intelectuales vascos. Sin embargo, cuando alzó su potente vuelo de águila, se guardó mucho de cerrar su nido natal, cuyas puertas, ahora más amplias, siguen estando generosamente abiertas para todos.

En resumen, porque ya es hora de acabar estas consideraciones demasiado prolijas, es de esperar que los vascos sigamos ofreciendo, dentro y fuera, una faz cambiante, tanto porque cambiamos nosotros como porque cambia el estado de ánimo de los observadores. Valdría la pena subrayar, con todo, que ahora, a pesar de los muchos siglos que pesan sobre nuestras espaldas, tenemos un poco la impresión de estar llegando, por fin, desde una prolongada adolescencia a las responsabilidades de una juventud madura. No extrañará, pues, con las quejas que se oyen sobre el paternalismo, que sintamos una cierta rebeldía ante las tutelas, por muy bien intencionadas que sean. Creo expresar la opinión, formulada o informada, de mucha gente si digo que quisiéramos seguir nuestro camino, bueno o malo, a nuestra propia manera, sin que se nos esté enseñando a cada momento dónde debemos poner los pies. Doy por supuesto que debemos respetar lo que los demás quieran seguir, dentro de las limitaciones muy estrictas que pesan sobre todos. ■ L. M.